

# DASILVA Y LA DAMA DEL YERBAL

**Mariano Ernesto Britez**



\*Para conocer los pormenores de la historia original, véase en internet, leyenda de la caá-yarí.

Glosario de términos de origen guaraní:

Caá: Yerba.

Yarí: Nombre de la protagonista de la leyenda de la yerba mate.

Raído: Rectángulo grande de arpillera, en donde se colocaba la yerba, y se ataba de las cuatro puntas. Era cargado por la espalda. Pesaba entre 80 y 100 kg.

Yaguareté: Tigre, jaguar americano. Conocido también como León Onca.

Yacý-yateré: pajarillo. Su figura es emblemática, ya que forma parte también de una leyenda.

Kuña mbotaháva: Prostituta.

Mensú: Peón de la yerba.

Era el crepúsculo y la naturaleza toda se hallaba detenida como si fuera de repente una acuarela tropical con matices cálidos de otoño. Las nubes, heridas de arrebol; la silueta taciturna del monte, recortada contra el cielo que diminutamente se cerraba a la luz; la maleza, con sus florecillas silvestres de a fines del estío esparcidas por la ribera; el cauce quieto del arroyo que a esa hora ya se había tragado el ultimo milímetro de claridad y la figura del hombre mirando impávido el paisaje, recostada su espalda en el tronco robusto de una guayubira, abiertos sus ojos hacia el infinito , empuñando su guitarra y esperando que se encendieran las pupilas brillantes del universo; esperando el suave toque de la inspiración. A pocos metros había incendiado una hoguera que chisporroteaba y soplabla al aire sus incandescentes centellas. Esa noche, debía nacer la guarania más melódica y triste que haya existido. Debería ser un lamento de la tierra convertido en canción, ya que más que un recurso idílico de conquista, sería un arma de guerra en aras de la venganza. Habían transcurrido muchos días desde aquel anochecer infausto en el que la Caá-yarí, asesinó a Roque Lino Da Silva, su padre. Meses antes, éste había hecho un pacto con ella, prometiéndole fidelidad eterna. Tal día, dejó un enorme raído de yerba en el medio de la selva. Dentro había un papel que tenía garabateado su nombre, la fecha y la hora de la cita, según la tradición mostraba que debía hacerse. Y salió todo como él lo esperaba...la Yarí le envió en ataque una horda de alimañas para probar su valentía. Serpientes, jabalíes ,jaguares..que mató sin problema a filo de machete. Todo salió como esperaba... aunque ni tanto, porque no se imaginaba siquiera el terrible tormento de amar a una diosa, y de perecer luego a su furor. Según contaban los peones del obraje, Da Silva se casó con Yarí esa noche mediante el ritual

de siempre: la unión íntima de dos cuerpos desnudos bajo la luz cenicienta de la luna. Debía ser época de semana santa, y lo fue indudablemente. Quizás por la cara de espanto que tuvo durante los pocos meses que vivió después de sus nupcias, nadie se atrevió jamás a preguntarle los pormenores de la boda. Pero se supo de veras que los raidos del esposo eran los más pesados a la hora de ser pagados. Y todo se debía a que la caá-yarí, cumplía su parte del convenio. siendo invisible para todos, menos para su tarefero, en un tiempo en el que el mensú recolectaba yerba en estado silvestre, cuando todavía no era común su cultivo y se hallaban árboles de yerba mate de hasta ocho y mas metros de altura, le hacía caer en un profundo trance mientras ella preparaba el raído que pesaba ya de por sí como cien kilos ; y se sumaba a esto que ella misma ayudaba a cargarlo hasta la balanza, en donde se sentaba encima del inmenso atado aumentado así su peso; esto le retribuía a él una ganancia mucho más que ordinaria. Pero por lo visto Da Silva no estaba contento con el enlace. Fue por esos días allá en el puerto de Posadas, que mientras se recibía una jangada desde el Alto Paraná apareció una guaina despampanante. Una morenita pulposa con todos los atributos de la madre naturaleza, atributos que ni aquel vestido ancho y suelto alcanzaba a disimular. Para mejores vientos de su fortuna, ella era hija de un compañero suyo, peón de la yerba al igual que él. Este fulano había mantenido el secreto todo el tiempo que se conocían, al punto que él mensú ni enterado estaba de su existencia. Luego que entregara unas prendas a su padre y algunas pocas viandas envueltas en unos trapos, Da Silva se animó a mirar de frente a su compinche solo para decirle en el tono más serio que pudo ser: - Che, mi cumpa...(he hizo con su manos un ademán que señalaba a su persona) ..usted sabe bien que soy guapo y que no le hago asco a ninguna changa.... Y como por algo reza el refrán: “a buen entendedor pocas palabras”, el hombre movió a ambos lados la cabeza como diciendo ¿Qué se le va a hacer?..y con una sonrisa que alumbró sus grandes dientes de palo santo separados entre si por las hendidias, le palmeó la espalda y siguieron con los quehaceres . Ya se había hecho un

compromiso, el cual no tardo en concretarse. Apenas varias semanas después, Da Silva se llevó a la morena y de estar juntos un par de días, ella ya esperaba un niño de su sangre. Pero el pobre infeliz no tuvo tiempo de disfrutar a su mujer. Una madrugada de esas, apareció colgado de un árbol boca abajo, hecho jirones su ropa y arañado su cuerpo como si lo hubiera trozado un yagüareté...pero ¿quién le había atado los pies con isipós y colgado como un chancho del monte? Todo el obraje susurraba por lo bajo: -Traicionó a la Caá-yarí. Y pasado el tiempo, Da Silva hijo de Da Silva masticaba la venganza. Pero que iniciativa más descabellada. ¿Desquitarse de una diosa, teniendo ella poderes sobrenaturales, pudiendo fulminar a un hombre con solo pensarlo?...-No se si va andar-le dijo el chaman de la picada. Es algo que se desde poco y nadie probó el payé todavía. Pero no importaban las probabilidades, las estadísticas ni los riesgos. Era un cometido sagrado que debía intentarse a cualquier costo. Según el curandero la Caá-Yarí sentía una atracción irresistible por las guaranias. - una bien triste, la enamora.-declaró. Decía el saludador que su embelesamiento podría ser tal, que sería capaz de cancelar el odio. Cuando está enamorada no mata, aunque puede que lastime igual...pero nada mejor para vengarse...ahí cuando mas enamorada esta, se le da el guampazo y le dolerá tanto que vagará para siempre penando por los verbales.

Una noche entre las noches, Da Silva se internó en la espesura y la historia se repitió nuevamente como lo hacía cada vez que la divina dama contraía matrimonio. Una vez más la selva fue testigo de la lucha tenaz entre el hombre y las fieras. El machete surcó el aire ensangrentado, despedazando ojos, garras púas y colmillos. Y al final de la emboscada, sopló una brisa apacible y refrescante que despejó el cielo y le permitió al astro derramar su luz plateada sobre la floresta dormida.

Él estaba sentado al pie de un árbol, exhausto, jadeante todavía, cuando la Caá-yarí apareció. Rubio como el maizal era aquel cabello ondulado que le caía graciosamente a sendos lados de su faz, recostándose

extenso sobre su espalda y hombros, despeñándose como cascadas luminosas hasta cubrir apenas la redondez inmarcesible de sus mundos que lozanos y plenos de juventud, esperaban al amante. Esbozó una sonrisa hechicera de exquisita seducción. Su mirar cristalino del color del ágata, contuvo en su interior la silueta noctámbula del contrayente.

Él por su parte ante la visión, imagino ser el primer hombre tomando en desposorio a la primera mujer revestida de una belleza indescriptible ,capaz de herir hasta las lágrimas la naturaleza infame de cualquier varón, que en la mayoría de los casos sucumbe ante el esplendor de una silueta curvilínea. La diosa y protectora de la yerba, envuelta en un cendal de fúlgida claridad, comenzó a acercarse lentamente. Unos treinta años atrás, una noche como esa, Roque Lino Da Silva se desabotonaba la camisa enchastrada de sangre y entrañas de sabandijas, musarañas, reptiles, para ostentar delante de la diva unos pectorales altos de mitología, más un abdomen del mismo género y unos brazos fornidos de lapacho colorado, que de tanto remar y cargar raidos de yerba, estaban dibujados de arterias y de turgencias voluminosas. Y en el justo momento cuando su poderosa virilidad se hallaba en su máximo apogeo, ella se volvió translúcida, de una substancia intangible como el éter. Da Silva casi muere ahí mismo del susto. Extendió sus manos para acariciarla y las mismas atravesaron la figura, que lejos de tocar a una mujer, aquello fue como tocar una franja de niebla en una mañana de invierno. Lo demás siguió de repente. Ella cerró los ojos elevando los brazos al cielo y comenzó a temblar entrando en un profundo estado de nirvana, para luego arrojarle hacia él y desaparecer dentro de su pecho. Luego reinó la oscuridad. El hombre jadeaba del miedo. Se podía oír el quejido de su voz, quebrada por el llanto. Miraba a todas partes, y solo estaba el sotobosque esquelético, huraño, asechando su final. Estuvo así un buen rato, y ya a punto de huir de aquel páramo maligno, la Caá-yarí salió de su cuerpo y se plantó delante de él con la sonrisa más satisfecha del mundo. Puso un beso en sus dedos, lo sopló hacia él y se desvaneció con un semblante de felicidad,

el cual parecía decir” fue maravilloso”. Demasiado tarde, Roque Lino vislumbró que había comprometido su hombría en una empresa vana, que jamás le retribuiría beneficio alguno. Años más tarde su hijo Da Silva vivió la más exacta réplica de aquel acontecimiento. Y fue para Caá-yarí uno de sus amores predilectos, teniendo en cuenta que nunca se dijo que ella le debiera fidelidad a un solo hombre. Sus favores eran de aquel que los reclamaba, y que entregaba una ofrenda por ellos. Cuando menos había sido así desde quien sabe que pasado remoto; pero este presente traía vientos de cambios. Con las serenatas nocturnales que el mensú daba a la Caá-Yarí, se podía decir, que era el dueño de toda la región. Ella le había concedido privilegios únicos, además de la recolección abundante de la yerba que se negociaba con creces. Y hubiese seguido así la cosa, porque cuando ella oyó por primera vez la guarania, esta ejerció en su alma el efecto embrujo que se buscaba. No podía menos que contemplar inmovible las manos montaraces de su esposo rasgueando el instrumento, que había aprendido a tocar muy mal dicho sea de paso, y su canto no era tampoco el más afinado que se espera, pero la diosa estaba cautivada por la guarania, entiéndase, no por las virtudes del músico. Y como todo aquello había sido circo y retablo de un elaborado y macabro plan de venganza, el mismo continuó el derrotero que tenía trazado. Fue para fines de abril. El clima era cálido, típico de media estación, ya saben, el otoño campestre, el viento flemático sin otro particular que arrastrar hojas secas y flores muertas de Jacarandá por los rincones de la fronda, el sol tibio, el cielo grisáceo moderadamente amarillento hacia el atardecer. Y en medio del follaje y de aquella siesta de ventura con un silencio de cementerio antiguo apenas interrumpido de vez en cuando por el silbido apacible y melancólico del yací-yateré, la figura de dos amantes tirados sobre la gramilla. Era una kuña mbotaháva que se había prestado al juego por la modesta suma de cuarenta y ocho centavos, pagaderos en monedas de cobre de dos centavos cada una, acuñadas en años cercanos al 1895. De improvisto una fuerte ráfaga de viento sopló a la altura de la copa de los árboles como si se tratara de una lanza arrojada hacia un blanco; iba

y venía en sentido pendular. Y siguiendo a ese fenómeno una súbita oscuridad en el cenit. Un gran frente de tormenta que se engulló media porción de luz convirtiendo la siesta en una formidable red de semi-penumbra . La súper explosión de dos rayos hizo sobresaltar a la pareja que se arrebujo cerca de un grupo de eucaliptos que habían crecido en forma de herradura proporcionando un refugio natural en la cavidad. Segundos después un furioso diluvio se desplomó sobre la tierra, al tiempo que un torbellino negro como humo de caucho ardiente, comenzó a arrancar árboles de raíz, los cuales subían por los aires dentro del tornado que se volvía más estrecho hacia la base tomando toda la apariencia de un embudo diabólico. Medio monte quedó devastado en cuestión de minutos. Luego, la furia del cono menguó y se desplazó hasta la franja de eucaliptos... se disipó y quedó a la vista la Caá-yarí, quien avanzó con fortísimos golpes de sus manos echando los árboles, que cayeron como desgajados a machete. Pero sorprendentemente, cuando Da Silva creía que el payé se había frustrado y que su muerte sería inmediata, la diosa cayó postrada de hinojos .Alzó los ojos al cielo y las manos como en un suplicante pedido de auxilio e impelió un grito prolongado y espeluznante, espantoso, desgarrador. Tan agudo y estridente, que la kuña mbotaháva echó a correr a los puros llantos, mientras se apretaba los oídos que habían sido lastimados por el alarido. Y a ese aullido, le siguieron otros más escalofrantes por unos cuantos minutos. Rabia, desencanto, impotencia, era el sentimiento contenido en esos lamentos. El ecosistema pareció salirse de quicio: el suelo tembló impetuoso, el cielo se arremolinó en un titánico espiral que amenazaba con succionar el mundo hacia alguna galaxia ignota del espacio infinito. Y ella se volvió torbellino nuevamente. Un ventarrón que giró con locura por fragmentos de eternidad, para más tarde subir al cielo succionado por el espiral de nebulosa, pero no sin antes dejar desfallecido en el suelo el menudo cuerpo desnudo de Caá-yarí. Y la paz boreal regresó, salvo la lluvia que seguía cayendo pero ahora en un parsimonioso estado de mansedumbre. Da Silva se acercó. Había perdido también su ropa pero es imposible especificar si después del

desastre o antes. Lo cierto, es que se agachó junto a ella y por inercia, extendió el dedo índice y la tocó. Ya no era la diosa translúcida, intangible y egoísta que pensaba solo en su propio placer. Ahora era una mujer indefensa de carne y hueso, aunque... de más carne que hueso según comprobó el mensù acariciando cada centímetro de su perfecta anatomía. Ella tosió y estornudó sin recuperar el conocimiento. Entonces Da Silva comprendió que necesitaba abrigo, y alzándola en sus brazos, comenzó a atravesar los despojos que quedaban del yerbal rumbo al rancho. Durante el tiempo que giró el torbellino, los seres misteriosos del universo consideraron el caso de Yará. Se vio su pasado de cientos de años atrás. Se analizó con solicitud el hecho de que el carácter de diosa se le había impuesto y atribuido en su infancia, sin que mediara en ello el libre albedrío de la joven. Sencillamente no se le había dado participación en el asunto. Fue un designio que se decretó y se ejecutó por resolución del cosmos, privándola de ese modo del derecho de crecer, de vivir y de amar como cualquier ser humano. Así que usando nuevamente el concilio sus facultades soberanas, se determinó darle a Caá-yará, una oportunidad.